Todos los naufragios

Laura Castañón

DESTINO

Todos los naufragios

Laura Castañón

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1472

© Laura Castañón, 2019
Publicado por acuerdo con Literarische Agentur
Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt, Alemania

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en Ediciones Destino: junio de 2019

ISBN: 978-84-233-5576-1
Depósito legal: B. 13.339-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

La Habana, marzo de 1946

Querido amigo:

Siento de todo corazón ser portadora de malas noticias, que usted habrá podido adivinar al ver el sobre ribeteado en negro, que siempre anuncia un luto...

Sé que el dolor que siento en mi corazón por la muerte de mi hijo no será menor que el que le procurará a usted saberlo. Tengo constancia de cómo era de fuerte la amistad que les unía.

Quiero que sepa que mi hijo falleció atropellado por un automóvil justamente cuando se dirigía a las oficinas de la naviera para comprar el billete que lo llevaría de vuelta a España ahora que la guerra europea ha terminado. Tenía tanta ilusión por viajar y por encontrarse con usted...

Podría culpar al destino, pero no voy a hacerlo. Toda mi vida ha sido un constante juego de gato y ratón, como si la casualidad se burlara de mí o me hubiera convertido en marioneta de sus caprichos. Su última jugarreta, llevarse a mi hijo después de haberlo devuelto de la muerte, no deja de ser otra burla cruel.

Ahora que mi hijo ya no está, no puedo evitar sentir envidia de usted, que tantos años compartió con él, del mismo modo que sé que usted sentirá envidia de mí por

haber sido compañía y testigo en estos últimos y valiosos años. Si mi salud no fuera tan quebradiza ya, creo que me gustaría viajar a España y recorrer a su lado los paisajes y los escenarios que lo vieron crecer, reír y también morir por primera vez. Entre los dos podríamos completar el rompecabezas de su vida, porque se llevó consigo los secretos que creyó oportunos. Tal vez los que más me duelen sean aquellos que prometió contarme desde España, y que se completarían con su regreso, que tenía previsto para varios meses más tarde. Lo haré acompañado, me dijo, ahora no puedo contártelo, pero te hará muy feliz. Eso me hace sospechar la existencia de tal vez una novia o algo parecido, aunque él nunca quiso hablar de nada al respecto. ¿Tal vez podría usted aclararme ese extremo?

No sé si le servirá de consuelo: Quizá la gratitud por ese tiempo compartido, el recuerdo de su imagen y su risa, le procure un bálsamo que yo trato de aplicarme agradeciendo el reencuentro y los pocos años que pude disfrutar de él. Puedo asegurarle que, aunque mi corazón está triste, su recuerdo y la inmedible felicidad del encuentro me han dado argumentos suficientes para esperar a la muerte con esperanza.

Suya afectísima,

C. L.

2

Gregorio Santaclara nunca pudo olvidar, a pesar de que tenía cinco años escasos, la tarde de julio que su padre lo llevó a conocer el cinematógrafo al Salón Luminoso del paseo de Begoña. Esto es el futuro, le dijo, este será el siglo de las máquinas y de los inventos, y tú, Goyito, tú vas a crecer en este siglo, y quién sabe qué adelantos no llegarás a conocer. Por lo pronto, tú vas a estudiar, no como tu padre. Como el tío, entonces, dijo el niño con los ojos fijos en las brillantes gotas de sudor justo en el instante de romperse y hacerse diminutos riachuelos, que su padre eliminaba de su rostro rubicundo con un pañuelo que volvió a doblar primorosamente tras la operación. No, como tu tío no, el tío es cura, tú estudiarás de verdad: cosas de ciencia y de números, nada de latines, ni de rezos, que por tanto rezar este país no termina de salir de su atraso. Pero ahora las cosas serán distintas, fíjate bien en lo que vas a ver, porque esto es muy importante, esta es la prueba de que vienen tiempos de progreso.

Gregorio se quedó muy impresionado con aquellas palabras, aunque no las entendió del todo, y desde el regazo de su padre, rodeados de una multitud de gijoneses y veraneantes inquietos y expectantes, consiguió sobreponerse al susto que le dio que se apagaran las luces y todo quedara a oscuras salvo un cuadrado en la pared en la que empezaron a aparecer unas figuras que se mo-

vían para regocijo general de un público que chillaba con entusiasmo: ¡La finca de Bustillo! ¡Eso ye Somió, ho!, para llegar al paroxismo: ¡Coño, Pilonga! ¡Y Rigueletu!, entre carcajadas que celebraban, con la exageración propia de quien acude a un espectáculo que garantiza la diversión, que un grupo de policías terminara por hacer caer al río Piles, con gran profusión de esparavanes, a personajes locales muy conocidos mientras perseguían a los ladrones de fruta.

Con los años, Gregorio, el único hijo varón de Honorino Santaclara, dueño de gran parte de la parroquia de Nozaleda, no podría separar el cine de la irrevocable decisión de su padre de verlo convertido en un hombre de ciencia, en un firme defensor del progreso, en un médico como lo había sido —además de periodista, concejal y efímero alcalde— don Eladio Carreño, por quien Honorino sentía gran admiración y respeto.

A pesar de que Clemenciano Santaclara, el tío cura de Gregorio, no se cansaba de decirle a su hermano que solo Dios era dueño de los destinos de los hombres y no podía considerar una señal aquella majadería de que el niño hubiera nacido justo la noche en que se asaltó a pedradas, con gritos contra la guerra, la comandancia de la Guardia Urbana, durante la concentración de reclutas que debían incorporarse a filas, lo que era lo mismo que incorporarse a la guerra de Cuba, Honorino no se quitaba de la cabeza que cuando volvía a su casa de la aldea con la impresión de los desórdenes, había tenido la convicción de que el hijo que había nacido en su ausencia, justo durante el motín, traía consigo la promesa de un tiempo nuevo, de progreso, de ciencia, de razón. Había acompañado a Tomás y Amparo, dos de las personas que llevaban trabajando desde que él podía recordar en su casa. Habían ido a despedir a Canor, el hijo pequeño del matrimonio, que había entrado en quintas y se embarcaría con destino a

la guerra, y con el motín que se había formado ni habían podido verlo. De hecho, parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Amparo, enhebrando el desconsuelo con los silencios, no había dejado de llorar en todo el trayecto de vuelta y, aunque no había dicho nada, porque sabía que el señor era buena persona y siempre los había tratado muy bien, no podía apartar de su corazón ni de su cabeza que ninguno de los Santaclara había tenido que ir a servir al rey, porque el mundo era así, si tenías dinero, te librabas, y si no, contribuías con sangre. Lo que no sabían ni Tomás *el Forquetu*, ni Amparo, aparte del destino que Canor se estaba fraguando en aquel mismo momento, era que hasta el último instante Honorino Santaclara había estado tentado de efectuar el pago para evitar que el chico, fuerte y listo, tuviera que marcharse al servicio, y solo lo había frenado el temor a la mirada reprobadora de su mujer, que no hubiera dudado en hablar con el cuñado cura de la extravagancia de aquel hombre que, definitivamente, no sabía estar en su sitio.

—Toda la culpa es del Ateneo Obrero, ese nido de los demonios —decía Clemenciano siempre haciendo chasquear los nudillos de sus dedos en una maniobra que a Honorino lo sacaba de sus casillas—, nada bueno puede aprenderse ahí, Honorino, os llenan la cabeza con ideas contrarias a la religión, y de ahí qué vas a sacar, nada bueno, ni temor de Dios, ni nada, qué necesidad tienes tú de ir ahí, si ya sabes leer y las cuatro reglas. Además, tú no eres un obrero, a ver qué pintas tú con esa colección de blasfemos y ateos, con los de la fábrica de Tabacos, o los de La Asturiana, o los obreros de la fábrica de vidrio de los de Truan. Si supieras algo del latín que tanto te gusta denostar, podrías entender el origen de las palabras y sabrías la diferencia entre proletario y propietario. Tú serás aldeano, pero propietario, no tienes nada que ver con todos esos de las blusas y las boinas.

Del mismo modo que el padre de Gregorio nunca consideró necesario que ninguna de sus dos hijas aprendiera más allá de lo que la maestra de la escuela les había enseñado en sus primeros años, no perdió de vista ni un instante la instrucción de su vástago varón. Por eso, aunque las personas que frecuentaba en el Ateneo Obrero no se lo recomendaban, como la oferta alternativa tampoco le convencía demasiado, lo envió a los jesuitas, que se habían instalado un par de décadas atrás en la ciudad, hasta que llegó el momento de iniciar la andadura universitaria en Valladolid, es decir, el momento de convertirse en el hombre por el que, en la penumbra del Salón Luminoso, ambos comprometieron su empeño mientras unos rateros hacían de las suyas con espasmódicos movimientos y aparatosos golpes y caídas en la pantalla de aquel invento que señalaba que un tiempo nuevo y un futuro imprevisible se escribía en las líneas secretas de los días.

3

Tuvieron que pasar casi ocho años para que hubiera noticias de Canor, a quien sus padres habían dado por muerto.

Estaba vivo.

Lo confirmó Honorino Santaclara, que leyó la carta de Canor en voz alta, y tres veces nada menos, porque Amparo así se lo suplicó, incapaz de ahuyentar ni con la primera lectura, ni con la segunda, la sombra que habitaba su corazón desde que concluyó que su hijo pequeño estaba muerto, y ellos (el poder, la Guardia Civil, el ejército, los del ayuntamiento, los curas), que sin duda tenían que ver con esa circunstancia, se empeñaban en contarle una mentira que no solo los eximía de su responsabilidad, sino que, además, atribuía al propio Canor la condición de verdugo de las esperanzas de sus padres.

La carta no era muy larga, pero en ella se decía lo sustancial: sin aclarar demasiado de qué modo había burlado su incorporación al ejército, hacía una reconstrucción somera de lo que habían sido aquellos años, pasando por alto las dificultades de los primeros tiempos y explayándose en su situación actual: parecía que las cosas le iban bien, y ello se debía a que se había puesto al servicio de un coruñés particularmente espabilado que ya llevaba muchos años en La Habana, y de él había aprendido todo cuanto necesitaba saber acerca del impensable —para

un chico acostumbrado únicamente a tratar con bueyes y con maíz— mundo de las antigüedades, las bibliotecas y el arte. Informaba también a sus padres de que pensaba volver el siguiente verano y que lo haría acompañado por su esposa, una sobrina del gallego que lo había acogido bajo su protección y con la que acababa de casarse. Lo que ya les resultó más difícil de entender aún en aquel mar de confusión que acababa de anegarles el entendimiento, fue una frase que Honorino hubo de leer una vez más por petición de los padres, en la que mencionaba que también llevaría consigo a su hijo Onel. Todavía con el estupor de conocer que Canor seguía vivo, trataban de hacerse a todas las novedades que, como una avalancha de información, los había aturdido. Pero en medio de todo ello, algo no terminaba de encajar en su cabeza, tan habituada a que las sumas fueran sencillas y los acontecimientos siguieran un orden. Si acababa de casarse, cómo era que tenía un hijo, que además se llamaba de un modo tan raro... Finalmente, Canor anunciaba sorpresas para cuando volviera el verano siguiente, recomendaba a sus padres que se cuidaran mucho, se interesaba por sus hermanos, y les pedía que no dieran demasiada publicidad a las noticias que acababa de suministrarles, porque, aunque tenía entendido que su deserción ya podría haber prescrito, cuanto menos se supiera, mejor.